

# JOSE LUIS ALVAREZ EMPARANZA

A partir del grupo «EKIN», es uno de los fundadores de la organización E.T.A. En el campo literario, constituye uno de los renovadores del género narrativo.

A pesar de que algunos parientes míos, en su momento, fueron militantes políticos activos —del P.N.V., uno del P.C.E., otro—, en general mi familia no se caracterizó por una especial sensibilidad hacia este tema; mi padre, de extracción liberal, propietario de una litografía en la que trabajaban cuarenta operarios, no pasó de ser un mero simpatizante de Manuel Azaña. Mi conciencia política, por tanto, nació de un ambiente ajeno al familiar, y el sentimiento abertzale, en mi caso íntimamente unido al descubrimiento del euskera, se despertó en mí a finales de los años cuarenta, en la época en que, tímidamente, inicié mis primeras actividades políticas.

El recuerdo de aquellos años se entronca inevitablemente con la sensación de terror en que vivía la inmensa mayoría de la población vasca. El menor asomo de actividad política era brutalmente segado, siendo todavía visibles los rescoldos de la terrible represión de la inmediata postguerra; recuerdo haberle oído contar al maestro de la cárcel de Martutene que en 1947 aún se fusilaba gente en la prisión de Ondarreta. Al mismo tiempo, y pese a la aparente sensación de calma que la omnipresencia de la policía conseguía mantener, la situación política era de suma inestabilidad: el régimen de Franco estaba sometido a bloqueo internacional, la existencia del «maquis» en Asturias y en otros lugares de España era una realidad innegable y en Euskadi la resistencia vasca demostraba poseer una vigorosa organización, haciendo sentir su voz con relativa frecuencia. A la vista de todo ello, no resultaba demasiado fácil aventurar el desenlace al que todo esto iba a dar lugar

y que, en gran medida, dependía de la actitud a tomar por los aliados.

Mis primeras actividades datan de 1947, fecha en la que, con 17 años, tomé contacto con Eusko Ikasle Alkartasuna (E.I.A.), movimiento estudiantil de carácter internacional, con sede en Leiden (Holanda), de signo apolítico y aconfesional, pero que en nuestro País estaba formado mayoritariamente por elementos abertzales. En 1947 y 1948, en unión de los pocos estudiantes que se atrevían a trabajar en la clandestinidad repartíamos «Erne» en Guipúzcoa e «Ikasle» en Vizcaya, publicaciones de las que, supongo, no quedará ejemplar alguno. Esta actividad continuó sin mayores alteraciones hasta 1950, año en que fue detenido el representante de E.I.A., en Valladolid, el conocido médico de Munguía Josu Arenaza, al que la policía ocupó diversas direcciones, a consecuencia de lo cual, y al poco tiempo, caímos un buen número de militantes, entre ellos varios de los futuros fundadores de E.T.A., como Benito del Valle, Iñaki Gainzarain e Iñaki Larramendi. La facilidad con la que fuimos detenidos y las consecuencias que aquella redada tuvo —el desbaratamiento casi total de la organización—, nos sirvieron de llamada de atención de lo que significaba actuar en clandestinidad, de tal suerte que se nos hizo evidente que el trabajo serio y continuado exigía dotarse de normas de seguridad, idea esta que tendría importantes consecuencias en el futuro.

Un poco más tarde, en el año 1952, con mucho miedo, algunos de los estudiantes anteriormente detenidos, al objeto de renovar nuestros antiguos contac-

tos, empezamos a reunirnos en Bilbao. Aprendíamos euskera, leíamos a los existencialistas y, con la intención de conocer el espíritu vasco a través de sus instituciones, dimos comienzo al estudio de la legislación foral, eligiendo cada uno la parte que más le interesaba. Estas reuniones, en las que se discutían apasionadamente las ideas que las lecturas y estudios suscitaban, dieron lugar entre nosotros a un hábito de trabajo en común, que, al año siguiente, es decir en 1953, desembocaría en la constitución de lo que más tarde vendría en llamarse «grupo EKIN» que, en realidad, no era sino el nombre de nuestro boletín interno. En casa de uno de los miembros, ante un ejemplar de «Gudari» —órgano del Ejército Vasco durante la guerra— y con aires un tanto patéticos, juramos no decir absolutamente nada respecto a la actividad de la recién creada organización. Este juramento, que en lo sucesivo se convertiría en condición indispensable para acceder a EKIN, no obedecía —tal y como algunos han comentado posteriormente— a un pretendido carácter tremendista u oscurantista de los miembros de la organización, sino únicamente al deseo de no caer en manos de la policía, experiencia de la que algunos estábamos bien escarmentados.

A nuestra llegada a Bilbao nos pusimos en contacto con algunos prohombres del nacionalismo histórico, como Manu Eguileor o Anacleto Ortueta, de los que nos separaban demasiados años como para sentir por ellos algo más que respeto. También conocimos a algunos de los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco, especialmente a Koldo Retolaza, pero la impresión que

obtuvimos no fue demasiado alentadora. La deserción americana había puesto fin a las esperanzas mantenidas durante años y era evidente que estaban pasando por una grave crisis. Por todo ello, no tiene nada de extraño que, en un primer momento, nosotros no nos sintiéramos excesivamente animados a continuar caminos que habíamos visto fracasar, dedicándonos más bien a una labor de marcado enfoque intelectual. Además éramos jóvenes, nos gustaba leer, y sentíamos la necesidad de racionalizar el problema vasco; rechazábamos aquel exceso de sentimentalismo, de motivaciones afectivas y de buena voluntad que, a nuestro modo de ver, existía en el nacionalismo «oficial» y que se traducía en actitudes tan incomprensibles para nosotros como la de denunciar la opresión que padecía el euskera pero no hacer absolutamente nada por aprenderlo. Conscientes asimismo de la tergiversación sistemática que había sufrido la historia vasca, leímos con verdadera fruición todo lo que caía en nuestras manos, y en nuestra angustia por justificar de una manera sólida el hecho vasco, nos parecía imperdonable la falta de preocupación que observábamos. En este sentido, recuerdo la decepción que sufrí al abrir con mi propia navaja, en la Biblioteca de la Diputación de Vizcaya, un ejemplar de un libro tan importante como «Defensa y Fundamento de los Fueros», de Oloriz, que desde su edición hacía sesenta años, yacía olvidado sin que, al parecer, hubiera merecido el interés de nadie.

Si en el momento de nacer EKIN tan sólo contaba con dos células —una en Bilbao, formada por Benito del Valle, Alfonso Irigoyen, Iñaki Gainzarain, Julen Ma-

dariaga y José Manuel Aguirre, y otra en Donostia, de la que formábamos parte Rafa Albisu, Iñaki Larramendi y yo—, en 1954 se dio inicio a una fuerte labor de captación, realizada a través de cursillos de formación. En esta segunda fase ingresarían en EKIN miembros de E.G.I., vía por la cual llegó a conocimiento de los dirigentes del P.N.V., la noticia de la existencia de una nueva organización que no dependía de ningún organismo conocido, ni funcionaba bajo la disciplina de nadie, lo que hizo que desde el primer momento fuéramos recibidos con recelo. Más tarde vendrían los roces, las disensiones y los altercados que, con el tiempo, darían lugar al desenlace de todos conocido.

Al menos en aquel momento, el P.N.V., consideraba que todo joven abertzale con ganas de trabajar por el País había de ingresar necesariamente en su organización, a lo que nosotros nos negamos. Según ellos, actuar en el campo abertzale al margen del Partido era absurdo, y lo juzgaban como un auténtico desafío condenado de antemano al fracaso más absoluto. A menudo nos recordaban el caso de Apalategui, abogado de E.L.A., que, pocos años antes, había intentado sin éxito una vía propia. Sin embargo, y a pesar de que sus dirigentes jamás lo quisieron admitir, EKIN no se integró en el Partido, dándose más bien la circunstancia de que muchos miembros de E.G.I., ingresarían en nuestra organización, ante lo que el Partido, desconcertado, aduciendo razones de disciplina, intentó controlarnos, exigiendo de nosotros algo que, debido a nuestro juramento, no podíamos dar: los nombres de nuestros dirigentes. Nuestra negativa trajo como consecuencia la ruptura total.

Sin embargo, nuestra intención no era la de enfrentarnos con el Partido. Con el ánimo de encontrar una salida que permitiera la coexistencia de los dos grupos, en 1957 y 1958, hicimos varias visitas a los dirigentes del P.N.V., en el exterior: Jesús Solaun e Iñaki Unzeta, quienes, pese a no solucionar nada, al menos mostraron una actitud más contemporalizadora que la de Juan Ajuriaguerra que, a mi modo de ver, fue el hombre decisivo en este conflicto. Desde el primer momento, los enfrentamientos más fuertes se produjeron en Vizcaya, y sus protagonistas fueron Ajuriaguerra por una parte, y Julen Madariaga y Benito del Valle por otra, proponiendo Juan Ajuriaguerra como única alternativa la de disolver EKIN e ingresar uno a uno en el Partido Nacionalista Vasco, propuesta que, naturalmente, nosotros rechazamos.

En un último intento, convencidos de que nada bueno podría traer esta división, decidimos hacer una gestión ante el propio José Antonio Aguirre, al que visitamos en París en la primavera de 1958. Aguirre nos recibió con gran amabilidad, manteniendo varias entrevistas con él, a muchas de las cuales asistieron también Landaburu, Leizaola e Irujo, comportándose todos ellos con una corrección admirable. José Antonio comprendió perfectamente nuestra inquietud, lo mismo que el resto de nuestros interlocutores, hasta el punto de que, en un aparte, Manuel de Irujo, el más efusivo de todos, me comentó que ellos también veían la crisis de la que nosotros hablábamos, ya que las indicaciones que enviaban al interior caían siempre en saco roto, y desde hacía tiempo constataban síntomas de inactivi-

dad. Al término de aquellas conversaciones, José Antonio se mostró dispuesto a intervenir en el logro de un posible acuerdo, a cuyo fin nos dio una carta autógrafa para ser entregada a los dirigentes del P.N.V., en el interior. Aquel escrito no surtió el más mínimo efecto.

El Partido comenzó después una campaña contra nosotros, acusándonos de apropiarnos de las siglas de E.G.I., y de captar a sus militantes. Visto el cariz que iban tomando las cosas, decidimos dar el salto adelante y crear definitivamente algo nuevo. Y así, en el verano de 1959, surgió E.T.A. Algún miembro del P.N.V., como es el caso de Joseba Murua, que actuaba de enlace entre su organización y la nuestra, a pesar de sentirse muy cerca de nosotros, optó por continuar en el Partido, siendo posteriormente uno de los hombres del grupo «Goiz Argi».

Hay quien ha especulado con la posibilidad de que personas ajenas tuvieran participación en la exarcebación de las tensiones con el Partido Nacionalista Vasco, y, concretamente, se cita a este respecto la posible intervención americana a través de los Servicios del Gobierno Vasco.

Ninguno de los fundadores de EKIN teníamos en aquel momento conocimiento de nada. Sin embargo, me veo obligado a reconocer que existieron indicios que revelaban tensiones de esta naturaleza. Con motivo de uno de los cursillos de formación en un pueblo de Guipúzcoa, se me acercó sumamente enfadado un miembro del P.N.V., que me organizó una bronca monumental. Según él, el objetivo que perseguíamos con nuestra actuación era el de romper el aparato del Parti-

do y dividir a las fuerzas abertzales, añadiendo que nosotros éramos «de los servicios», o que actuábamos inspirados por ellos. Aunque le juré que yo no sabía nada de lo que me decía, aquel hombre no quedó satisfecho, tratándome de mentiroso y de cínico. Aquella fue la primera vez que yo oí hablar del tema de los famosos Servicios de información del Gobierno Vasco. Años después he sabido algo de su existencia y de los contactos que, a partir de la guerra anti-nazi, mantuvieron con los aliados. Tenían su sede en la Rue Bouchard de París y, en la realidad, constituían una segunda delegación vasca, actuando bajo las órdenes directas de Aguirre. Al parecer, posteriormente, con motivo del cambio de política de los americanos, estas relaciones fueron decayendo hasta producirse un corte total. Que algún partidario de utilizar hasta el final la carta americana intentara valerse de nosotros contra el aparato del Partido en el interior, introduciendo en nuestra organización elementos afectos a esta opción, es algo que, tal vez, pudo suceder, y el incidente que he relatado da la impresión de que esta hipótesis no es del todo descartable, pero lo único que puedo decir, repito, es que, de ser así, ninguno de los fundadores de EKIN teníamos conocimiento de nada.

En todo caso, las razones del nacimiento de E.T.A., son de otro tipo y bien diferentes. En parte, evidentemente, son generacionales: se producen como reacción de la juventud que no ha conocido la guerra y que se revela contra los que, por el mero hecho de haberla protagonizado, pretenden tener la representatividad total del nacionalismo, pero hay también algo más. Xarri-

ton, una de las personalidades más importantes del patriotismo vasco en Euskadi Norte, y que había conocido a la mayoría de los líderes del nacionalismo de la generación anterior, me contaba en 1956 en Donostia que él encontraba en nosotros unas características que nos diferenciaban netamente de la generación anterior: para Xarriton nosotros éramos patriotas étnicos y aquéllos eran patriotas políticos. Creo que esta división es sumamente acertada y no hace sino constatar algo que en el futuro se haría evidente.

Por otra parte, sobre nosotros pesaba fuertemente la problemática religiosa. La gran mayoría de los militantes de EKIN eran profundamente creyentes, pero el escándalo que suponía la actuación de la Iglesia, íntimamente unida al franquismo, hizo que todos ellos distinguieran claramente el hecho religioso y la opción política, proclamando una aconfesionalidad que chocaba con los esquemas de la generación anterior, donde la influencia clerical había sido, sin duda, importante. En este sentido, las charlas que organizó Carlos Santamaría a finales de los años cuarenta y primeros de los cincuenta fueron de gran utilidad. Por decirlo de alguna manera, creo que éramos más laicos que los de la generación anterior, al mismo tiempo que, pese a que la mayoría procedíamos de familias pequeño-burguesas, es innegable que en nosotros existía una mayor sensibilidad hacia la problemática de tipo social.

Por todo ello, pienso sinceramente que los problemas generacionales, o los aspectos personales que tuvieron lugar, con ser ambos importantes, no son suficientes para explicar aquella situación. Si nosotros

sentíamos la necesidad de cortar con lo anterior, era porque existía una visión particular de las cosas y una especificidad propia que no veíamos representada en el Partido Nacionalista Vasco. Y al igual que Sabino Arana cortó con el Partido Carlista o Lenin con la II Internacional, considerábamos que nosotros también nos veríamos obligados a hacer lo mismo con el Partido Nacionalista Vasco, en el cual no podíamos militar.

Es evidente, sin embargo, que a esta conclusión no se llegó de la noche a la mañana, constituyendo más bien el fruto de un proceso que duró años. Algo muy semejante ocurrió en lo tocante a la lucha armada; de una actividad meramente intelectual fuimos pasando al reparto de propaganda, a las «pintadas» en las paredes y a la colocación de ikurriñas, y más tarde, siguiendo el ejemplo de otros movimientos de liberación nacional, cuya experiencia nos demostraban que al fallar las vías legales, no hay más salida que la de las armas, se fue creando una rama militar, siendo Julen Madariaga su impulsor fundamental.

El nombre de E.T.A., elegido entre los varios que compuse y preparé por encargo de la organización, no quería significar más que dos cosas: independencia nacional y democracia, entendida ésta como respeto a la pluralidad ideológica. Como mera anécdota diré que estuvimos a punto de denominar A.T.A. (Aberri ta Askatasuna) a la nueva organización, lo que finalmente no se llegó a hacer porque «ata» en vizcaino significa pato, pensando algunos que se prestaba a bromas.

En 1960, y con motivo de la famosa carta de los 339 sacerdotes vascos, fui detenido por segunda vez, pa-

sando esta vez tres meses en la prisión de Martutene. Sin embargo, durante los interrogatorios en la comisaría, sorprendido, pude comprobar que la policía conocía al detalle mis actividades, la existencia de E.T.A., los problemas habidos con el Partido y mi visita, a fin de arreglarlos, a París. No tenían prueba alguna, pero se hacía evidente que a la siguiente detención podía caer toda la organización, por lo que, aprovechando que E.T.A., había considerado oportuna la presencia de un miembro en el exterior, tras consultar con algunas personas, marché al exilio. Recuerdo que, a mi llegada a Euskadi Norte, acudió a recibirme Agustín Zumalabe, conocido militante del Yagi-Yagi.

El 18 de Julio de 1961, entre otras acciones, la rama militar de E.T.A., organizó el conocido intento de descarrilamiento de un tren de carlistas. Las detenciones no tardaron en llegar, produciéndose una redada masiva: cayeron unas cien personas y otras tantas hubieron de escapar, quedando la organización totalmente desarticulada. Se trataba de un intento de sabotaje y, en un primer momento, temimos por la vida de los principales encartados: Rafa Albisu, Imanol Laspiur e Iñaki Larramendi. Finalmente, en un juicio que tuvo cierta transcendencia, fueron condenados respectivamente a veinte, quince y doce años de prisión.

Posteriormente, y en el exterior, se produjeron las sucesivas Asambleas, en las que las disputas ideológicas fueron acentuándose, hasta llegar a la V Asamblea, en la que E.T.A., por influencia de Krutwig, se define como un movimiento de inspiración marxista-leninista, adoptando una estrategia de tipo vietnamita. En esta

Asamblea fueron derrotadas las tesis que algunos de los fundadores planteamos, basadas en una concepción socialista-humanista. Convencidos de que la guerra de guerrillas no era la salida apropiada para nuestro País y de que nuestra presencia en un movimiento marxista-leninista se prestaba a equívocos, en Abril de 1967, Benito del Valle, José Manuel Aguirre, Xabier Imaz y yo abandonamos la organización.

De alguna manera, es cierto, fuimos reemplazados por otra generación, lo que, con el tiempo, le ocurre a todo el mundo. No creo sin embargo que esto resulte en absoluto deshonroso, ya que a lo único a que podemos aspirar es a ser eslabones de una cadena, y pretender algo más me parece una pedantería que, por otra parte, resultaría completamente inútil.